

Historia de los intelectuales en América Latina II

Dirección general del proyecto:
Carlos Altamirano

Comité académico:
Nora Catelli, Horacio Crespo,
Arcadio Díaz Quiñones, Jean Franco, Javier Garciadiego,
Claudio Lomnitz, Sergio Miceli, Jorge Myers

Editores:
Volumen I: Jorge Myers
Volumen II: Carlos Altamirano

Historia de los intelectuales en América Latina II

Director: Carlos Altamirano

II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX

Editor del volumen: Carlos Altamirano

Primera edición, 2010

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Calle del Barco Nº 40, 3º D
28004 Madrid
www.katzeditores.com

© Carlos Altamirano

ISBN Argentina: 978-987-1566-22-8
ISBN España: 978-84-92946-05-1

1. Historia del Pensamiento Latinoamericano. I. Título.
CDD 306.42

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en el Uruguay por Pressur Corporation S.A.
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

- 9 Introducción al volumen II
Élites culturales en el siglo xx latinoamericano
Carlos Altamirano

I. INTELLECTUALES Y PODER REVOLUCIONARIO

- 31 *Los intelectuales y la Revolución Mexicana*
Javier Garcíadiego
- 45 *Anatomía del entusiasmo. Cultura y Revolución en Cuba (1959-1971)*
Rafael Rojas

II. TRAYECTOS Y REDES INTELLECTUALES

- 65 *Pedro Henríquez Ureña y las tradiciones intelectuales caribeñas*
Arcadio Díaz Quiñones
- 82 *El intelectual-diplomático: Alfonso Reyes, sustantivo*
Jorge Myers
- 98 *Letras y diplomacia en el Brasil: una aproximación en tres tiempos*
Fernanda Arêas Peixoto
- 119 *América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)*
Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola
- 146 *Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile*
Ricardo Melgar Bao

III. REVISTAS

- 169 *Amauta: vanguardia y revolución*
Oscar Terán
- 192 *Sur. Una minoría cosmopolita en la periferia occidental*
María Teresa Gramuglio
- 211 *Marcha del Uruguay: hacia America Latina
por el Río de la Plata*
Ximena Espeche
- 235 *Cuadernos Americanos: la política editorial
como política cultural*
Liliana Weinberg
- 259 *La Revista Mexicana de Literatura: territorio
de la nueva élite intelectual (1955-1965)*
Ricardo Pozas Horcasitas
- 285 *Casa de las Américas (1960-1971): un esplendor
en dos tiempos*
Claudia Gilman

IV. ENTRE LA ACCIÓN CULTURAL Y LA ACCIÓN POLITICA

- 301 *La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales
y cultura vitalista en los orígenes del APRA peruano
(1921-1930)*
Martín Bergel
- 325 *El modernismo y la formación del intelectual católico
en el Brasil*
Fernando Antonio Pinheiro Filho
- 349 *Los proyectos de un grupo de intelectuales católicos
argentinos entre las dos guerras*
Fernando J. Devoto
- 372 *Artistas e intelectuales brasileños en las décadas
de 1960 y 1970: cultura y revolución*
Marcelo Ridenti
- 395 *Los intelectuales y la izquierda en la Argentina
(1955-1975)*
José Luis de Diego

V. LA SUSTANCIA DE LA NACIÓN:

INTELECTUALES Y DISCURSO INDIGENISTA

- 419 *Manuel Gamio y el indigenismo de la Revolución Mexicana*
Emilio Kourí

- 433 *Indigenismo, nación y política en el Perú (1904-1930)*
Osmar Gonzales
- 455 *Arguedas: los peruanos somos un “noble torbellino de espíritus diferentes”*
Luis Millones

VI. VANGUARDIAS

- 469 *Vanguardismo pictórico y vanguardia política en la construcción del Estado nacional revolucionario mexicano*
Alicia Azuela de la Cueva
- 490 *Vanguardias literarias y artísticas en el Brasil y en la Argentina: un ensayo comparativo*
Sergio Miceli

VII. EMPRESAS EDITORIALES: ESTRATEGIAS COMERCIALES Y PROYECTOS CULTURALES

- 515 *Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)*
Fabio Esposito
- 537 *Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme*
Gustavo Sorá
- 567 *Editoriales y círculos intelectuales en Chile (1930-1950)*
Bernardo Subercaseaux

VIII. LA INTELLIGENTSIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

- 583 *Intelectuales, poder revolucionario y ciencias sociales en México (1920-1940)*
Guillermo Palacios
- 606 *Ciencias sociales en el Cono Sur y la génesis de una nueva élite intelectual (1940-1965)*
Alejandro Blanco
- 630 *Generaciones pioneras de las ciencias sociales brasileñas*
Luiz Carlos Jackson
- 652 *Pasajes: Albert O. Hirschman en América Latina*
Jeremy Adelman

IX. TENDENCIAS Y DEBATES

- 685 *Los intelectuales de la literatura: cambio social y narrativas de identidad*
Gonzalo Aguilar
- 712 *La élite itinerante del boom: seducciones transnacionales en los escritores latinoamericanos (1960-1973)*
Nora Catelli
- 733 *Campo intelectual, crítica literaria y género (1920-1968)*
Heloisa Pontes
- 759 *Intelectuales y medios de comunicación*
Mirta Varela
- 783 Colaboradores
- 791 Índice de nombres

Introducción al volumen II

Élites culturales en el siglo xx latinoamericano

Carlos Altamirano

Este segundo volumen de la historia de los intelectuales en América Latina no sigue una línea recta, del comienzo al fin. Recorre una franja histórica que va de comienzos del siglo xx a la de década de 1980, pero la explora a través de varias entradas. Las secciones en que se articula el libro se ordenan según ejes diferentes, y a menudo el lector hallará que los mismos nombres, los mismos círculos de la *intelligentsia*, los mismos sucesos o los mismos títulos aparecen inscriptos en el desarrollo de temas distintos. Permítaseme un breve rodeo para justificar esta manera de explorar históricamente los avatares de la ciudad letrada en el siglo pasado.

El historiador Michel Winock le dio el título de *Le siècle des intellectuels* (1999) a una elogiada historia de la *intelligentsia* en Francia. Winock divide su relato en tres grandes etapas a las que coloca bajo el signo de un nombre emblemático: los “años Barrès”, los “años Gide”, los “años Sartre”. No es una historia de las ideas ni de la producción cultural, aunque indirectamente algo de esto aparezca en la obra, sino una historia de los combates políticos de los intelectuales franceses desde el caso Dreyfus.

El proceso de América Latina y sus élites culturales en el siglo xx es demasiado intrincado como para que se lo ajuste a una historia escandida en etapas que valgan para todas las áreas de la región. Si nos preguntáramos, haciendo un ejercicio de analogía, por el siglo de los intelectuales en América Latina, la respuesta más aproximada debería ser: ellos no entraron en escena de la noche a la mañana, pero en el novecientos latinoamericano, en algunos países de la región ya se distinguían de los letrados tradicionales. A medida que se ingrese en el siglo xx y a lo largo del resto de la centuria se puede registrar a hombres y mujeres, sean escritores o artistas, creadores o difusores, eruditos, expertos o ideólogos, en el papel que los hace socialmente más visibles: actores del debate público, el intelectual como ser cívico —“conciencia” de su tiempo, intérprete de la nación o voz de su pueblo, tareas acordes con la definición de los intelectuales como grupo ético—.

Resultaría difícil hallar nombres que tuvieran para todo el subcontinente el valor de simbolizadores privilegiados que tienen los citados para la historia de la vida intelectual francesa. Acaso únicamente el de José Enrique Rodó y, sobre todo, el de su ensayo *Ariel* (1900) hayan obrado como cifra de un período del ambiente cultural latinoamericano, el de los primeros dos o tres lustros del siglo xx. El término “arielismo” ha sido empleado tanto para resumir el mensaje de *Ariel*, como para referirse a cierta orientación del espíritu de esos años: una actitud, denominada también idealista, de descontento frente a la unilateralidad científicista y utilitaria de la civilización moderna, la reivindicación de la identidad latina de la cultura de las sociedades hispanoamericanas, frente a la América anglosajona, y el rechazo de la “nordomanía”, como llamaba Rodó a la tendencia que hacía de los Estados Unidos el modelo a imitar. Como observó Pedro Henríquez Ureña (1978: 328) en una admirativa nota sobre el libro de Rodó escrita en 1905, *Ariel* se dirigía a la “élite de los intelectuales” y se proponía contribuir a la formación de una minoría dirigente. Escrito en el estilo elevado que practicaba Rodó, considerado por entonces el crítico más ecuánime y el mejor prosista en Hispanoamérica, el mensaje de *Ariel*, que llamaba a superar el intelecto estrecho de la especialización, a regir el comportamiento por valores más altos que los exclusivamente económicos (lo que en el lenguaje del tiempo se llamaba “materialismo”) y a cultivar el sentimiento estético como pieza central de una personalidad y de una civilización armoniosas, halló eco. No sólo en aquellos a los que suele agruparse bajo el título de “arielistas”, como los hermanos Francisco y Ventura García Calderón, del Perú, Carlos Arturo Torres, de Colombia, o Gonzalo Zaldumbide, de Ecuador, sino también en otros que fueron conmovidos por la palabra de Rodó, aunque le dieran posteriormente diferentes desarrollos a esa incitación, como Manuel Ugarte, Pedro Henríquez Ureña o Alfonso Reyes –los dos últimos promovieron en 1908 una edición de *Ariel*, en Monterrey, estado gobernado por el padre de Reyes–. El Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, organizado en Montevideo en 1908, y los que siguieron (Buenos Aires, 1910; Lima, 1912) hasta el movimiento de la Reforma Universitaria en 1918, fueron también ocasiones para la propagación del verbo “arielista” entre los jóvenes universitarios.

Salvo este caso, que permitiría referirse a unos “años arielistas”, ¿qué otro nombre podría bautizar una época? Tal vez el del filósofo español José Ortega y Gasset, que durante varias décadas tuvo gran ascendente sobre las élites culturales hispanoamericanas (sin excluir el Brasil). Por cierto, después de Rodó y a lo largo de la centuria no faltaron figuras de prestigio más o menos continental, a las que se leyerá y escuchara con deferencia y aun admiración. Entre José Ingenieros, en un extremo de la línea cro-

nológica, y Octavio Paz o Carlos Fuentes, en el otro, podría anotarse a muchos en ese papel de “moralistas públicos”, para emplear la expresión de Stefan Collini. Pero no sería posible simbolizar un período con alguno de esos nombres. Creemos que eso refleja el hecho de que durante el siglo la vida intelectual latinoamericana corrió predominantemente por cauces nacionales y que no hubo ningún escenario central, ninguna capital que ejerciera, como fue el caso de París y no sólo para Francia, la función de metrópolis de donde brota la autoridad intelectual —con sus revistas, sus editoriales, sus academias, sus debates y, por supuesto, sus maestros del pensar que a menudo eran también maestros de la pluma—. En determinado momento alguna ciudad pudo parecer más próspera, más cosmopolita e incluso más culta que el resto, o funcionar como meca de la revolución continental. Pero ninguna fue, para las otras, ese centro en que se produce la canonización intelectual y al que los aspirantes concurren, o vuelven la mirada, para ver qué dirección toma el mundo del espíritu, qué tendencias teóricas o estéticas seguir.

“Europa. De ahí nos venía todo: la ciencia, el arte, la poesía, las ideas, las modas, los tejidos, la cocina”, escribió el crítico literario argentino Roberto Giusti al recordar el ingreso de su generación en la escena intelectual porteña a comienzos del siglo xx. “No faltaban voces que amonestaran a los demasiados serviles con el despótico monarca, reclamando más independencia en el campo artístico y literario. Clamaban en el desierto. Todavía no teníamos nada que corregir a la ‘boutade’ de Darío en el prólogo de *Prosas profanas*: ‘Mi esposa es de mi tierra; mi querida es de París’ ” (Giusti, 1946: 360-361). Pero el deseo de Europa no singularizaba a Buenos Aires: no palpitaba menos en la ciudad de México, que en Lima o en Río de Janeiro. Dice Nicolau Sevcenko (2003: 51) a propósito de esta última en los años de la Primera República:

Lo importante, en el área central de la ciudad, era estar al día con los menores detalles de la vida cotidiana del Viejo Mundo. Y los barcos europeos, principalmente franceses, no traían sólo los figurines, los muebles y las ropas, sino también las piezas y los libros que estaban en boga, las escuelas filosóficas predominantes, el comportamiento, el ocio, las estéticas y hasta las enfermedades, todo en fin lo que fuese consumible por una sociedad altamente urbanizada y sedienta de prestigio.

¿Para qué desviar la mirada en otra dirección? La América Latina (o Hispánica o Ibérica) era por entonces una referencia más bien borrosa. Salvo para aquellos escritores que, exiliados o trasplantados en Europa o en los

Estados Unidos, “descubrieron”, más allá de sus naciones, la presencia del subcontinente (véanse Fey, 1996; Colombi, 2008). Como Manuel Ugarte, que hará de la alianza de los pueblos hispanoamericanos el tema central de una cruzada intelectual que le dará más renombre afuera que adentro de su país, la Argentina. En él como en muchos otros, ese genuino compromiso hispanoamericanista no cancelaba el deseo de Europa. En un intencionado pasaje de su libro de memorias *La Argentina que yo viví*, el político y ensayista guatemalteco Juan José Arévalo (1975: 99) observa que Ugarte, pese a su brega, no rompió del todo con el ansia parisina de sus compatriotas: “Desde comienzos de siglo vive en Europa; viene por poco tiempo a Buenos Aires y regresa rápidamente a París”. Y remata con un grano de mordacidad: “Su hermoso hispanoamericanismo literario huele a *pernaud* y a *boulevard*”.

Este cuadro, en que lo dominante era una mezcla de indiferencia con desconocimiento acerca del resto de los países de la región, se alterará a medida que se avance en el siglo, pero no ocurrirá de una vez, sino con vaivenes y bajo el impulso de diferentes provocaciones y sacudimientos. Cuando en 1927 el crítico español Guillermo de Torre propuso que se reconociera a Madrid como “meridiano intelectual de Hispanoamérica”, fundándose en la comunidad cultural que produce la lengua y con el objeto de corregir la tendencia, que consideraba ya injustificable, por la cual París seguía siendo un imán para estudiantes, artistas y escritores hispanohablantes, la idea halló poco respaldo en el subcontinente. Se vio en ella una pretensión disimulada de tutoría intelectual (Alemany Bay, 1998). En algunos círculos literarios hispanoamericanos y por la misma época, se pensaba que un futuro no lejano reservaba a las antiguas colonias un papel más eminente que el propuesto por Guillermo de Torre. El augurio lo formuló Pedro Henríquez Ureña en 1926 en uno de sus *Siete ensayos en busca de nuestra expresión*. Si las artes y las letras no sucumben bajo el peso de la civilización industrial occidental y esas actividades no se vuelven mera diversión, “pirotecnia del ingenio”, decía Henríquez Ureña (1960: 253), los hispanoamericanos podían considerar que el porvenir estaba de su lado: “no tendremos por qué temer al sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español”.

Después de la Primera Guerra Mundial y sobre todo desde los años veinte habrá más comunicación entre los ambientes de la *intelligentsia* del subcontinente, y en determinados momentos América Latina casi funcionó como una sola arena entre cultural y política. En este volumen de la *Historia de los intelectuales en América Latina* se pone el foco en algunos de

esos momentos y en algunas de las formas de sociabilidad concebidas por intelectuales de estos países.

Retrocedamos al comienzo. Hacia 1900, gran parte de las naciones latinoamericanas se encuentran en rápido crecimiento económico, incluidas en la órbita mundial del progreso burgués, en pleno apogeo por entonces. Ese modo de existencia, hecha de confort, distinción y ligereza, que se llamó *belle époque*, es compartido por las clases pudientes de sus capitales. Un par de décadas atrás esas naciones se habían incorporado a la economía internacional como productoras de materias primas y receptoras de capitales, manufacturas e innovaciones tecnológicas generadas en los países que marchaban a la cabeza de la mundialización capitalista que precedió a la primera gran guerra. La modalidad de la integración varió de un área a otra según el bien primario cultivado o extraído, las estructuras de poder local y el centro dominante, europeo o norteamericano. El resultado común fue el surgimiento de nuevos modos de producir y un dinamismo que se transmitió a la sociedad y, sobre todo, a las ciudades del subcontinente. El patrón social decimonónico se alteró con el incremento del volumen de trabajadores asalariados y con la formación de las clases medias, particularmente de las clases medias urbanas, que en la segunda mitad de la centuria habrán de convertirse en la gran cantera para el reclutamiento de intelectuales.

En ciertas áreas (el Río de la Plata, el sur del Brasil), las marejadas migratorias del Viejo Continente fueron parte de esta transformación. Paulatinamente el espacio de las élites se hizo menos homogéneo, y más tempranamente en algunas partes, algo más tarde en otras, la actividad política se volvió una profesión y una carrera. Ningún título habilitaba el ingreso en ellas como el de abogado. A la profesionalización de la política corresponderá una creciente especialización del trabajo de los escritores y, más en general, de la gente de saber. Dentro de cada sociedad nacional, aunque con ritmo diferenciado, se irán esbozando así los contornos de un dominio o una esfera que, con las especificaciones del caso, puede describirse con el concepto acuñado por Pierre Bourdieu de “campo intelectual”.

Hasta la tercera y cuarta décadas del siglo xx, las universidades contaron poco en la vida y los impulsos de renovación de los ambientes de *literati*. Los cafés, las redacciones de diarios, los ateneos, las revistas, las comidas de agasajo que motivaban los premios literarios o las visitas de extranjeros ilustres fueron en un comienzo los escenarios más corrientes de sociabilidad intelectual. Algunas universidades que desempeñarán un importante papel en la formación de especialistas en ciencias sociales y en disciplinas